



Edmundo Aray, egresado de la Universidad Central de Venezuela. Profesor. Formó parte del grupo literario *Sardio* (1957-1961). Fue uno de los

fundadores de *El Techo de la Ballena* (1961-1968), grupo radical e irreverente constituido para trasgredir estética y socialmente, para lo cual esgrimieron la consigna de cambiar la vida, transformar la sociedad, dentro de una explícita simpatía por el surrealismo. Posteriormente, Aray fundó la revista *Rocinante* (1968-1975).

Su obra artística se sitúa en el ámbito de la poesía, de la narrativa y del cine.

Obra realizada:

- La Hija de Raghú (poesía, 1957)
- Nadie quiere descansar (poesía, 1961)
- Economía Nacional 1961-1962 (ensayo, 1962)
- Sube para bajar (cuentos, 1963)
- Twist Presidencial (collage, 1963)
- Aquí Venezuela cuenta (antología, 1968)
- Tierra Roja. Tierra Negra (poesía, 1968)
- Pozo muerto (cortometraje con Carlos Rebolledo, 1968)
- Cambio de Soles (poesía, 1969)
- Cuerpo de Astronauta, convecino al cielo (poesía, 1969)
- Libro de Héroe (poesía, 1971)
- Baje la cadena, Allegro jocoso pero no demasiado (poesía-prosa, 1972)
- Venezuela tres tiempos (cortometraje con Carlos Rebolledo, 1972)

Universidad Central de Venezuela

RECTOR

Trino Alcides Díaz

VICERRECTOR ACADÉMICO

Giuseppe Giannetto

VICERRECTOR ADMINISTRATIVO

Julio Corredor

SECRETARIA

Ocarina Castillo

EDMUNDO ARAY

MANUELA, LIBERTADORA



Secretaría **UCV**

Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano
Caracas-Mérida-Venezuela

2000

MANUELA LIBERTADORA / Edmundo Aray
Primera edición 2000: 1.000 ej.

© 2000 de esta edición
Secretaría de la Universidad Central de Venezuela
Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano
Capítulo Mérida

Diseño: Molina Yoly

Portada: Miguel Ángel García

Impreso en Venezuela
por Miguel Ángel García e Hijo, s.r.l.
Caracas, marzo 2000

ISBN 980-00-1299-0

Depósito Legal lf 1751998800781

PRÓLOGO

Desde Quito Julio Pazos y Ulises Estrella, dos poetas ecuatorianos, y en el caso de Ulises también cineasta como Edmundo, buscan refugios físicos, pasos perdidos en las piedras, reflexiones, alucinaciones, rasgos de Manuela, para que la memoria no traicione la historia.

Otros narran con diversa fortuna su vida y sus enigmas, inventan nuevos misterios que ponen como un nuevo manto sobre sus misterios auténticos y se esfuerzan por llevarla a límites eróticos, a discursos patrióticos o a la urdimbre de la nostalgia.

Edmundo restituye su nombre más ceñido, más definitorio: Libertadora, no sólo porque fue una con Bolívar sino porque su espíritu latía por la misma causa y no fue una aventurera que no sabía hacia donde brotaba su cabalgadura o por qué deshacía los caminos de la América nuestra.

Aquí está, dueña de la escena por la gracia de la poesía como lo fue en el tiempo esfumado: en el sillón de ruedas pero (todavía) con la majestad de una reina, con esa energía que la sostuvo en todas las circunstancias, desde que era una adolescente tan solicitada como lo fue en su momento Juana de Asbaje, la monja que descubrió muy pronto la magia no santa de la palabra hasta sus últimos días ciegos desprovistos en que sufrió penurias, mas nunca pensó siquiera en rendirse. Para ella estaba claro que Bolívar no necesitaba aspirar a la gloria porque *le pertenecía*, y con él no sólo conoció ese descaro (enorme, febril) del amor sino las urgencias de las tareas ciudadanas.

El texto siembra y recrea, no escatima en recursos ni tampoco los dilapida. Edmundo ordena la escena y la extiende, cita cartas y documentos, se apoya en legajos, tradiciones y suelta un tanto la poesía sin abandonar totalmente las riendas para que el discurso lírico no mate la mínima, imprescindible acción.

Humaniza, además, el mito, sin rebajar su condición. Por eso el hermoso cuerpo humano desnudo, bañado en agua de verbena, sin dejar de ser el de la amante ardiente es también el de una madre fundadora, una guerrera en su cabalgadura.

Su hombre, descalzo, enfermo, dejado de la mano de Dios, a punto de ser víctima de los sediciosos, podía ser un enviado del ser supremo, o por el propio Arquitecto del Universo que honran los caballeros masones, pero a sus ojos –y a los nuestros aún hoy– era más que eso: la gloria y el forjador de la Gloria misma. Síntesis que no requiere explicación mayor, son estas líneas: *Lo quiso de pie, aferrado a una ventana, como si despidiera sombras de la calle, como si despojara cuchillos de su cuerpo.*

Manuela, Libertadora, la que rescata no únicamente a su hombre sino al padre de la patria grande, de la traición. Esa mujer con todo el paisaje de Cuenca en sus ojos embrujadores, esa de Quito o de Pichincha. Esa gallarda coronela que vibró en Ayacucho y que fue fiel más allá de la muerte a su Quijote más herido por las traiciones que por la espada. Su Quijote a quien obliga con sus artes a escapar por la única ventana posible la noche de los conjurados que, acaso sin saberlo, pretendían hacer retroceder la historia.

Para ese final momentáneamente feliz en que Bolívar saltó sobre las llamas y se puso al frente de sí mismo, no faltó un Antúnez.

El gran poder está en la fuerza del amor. El amor que no se doblega ni, como dijo José Martí, se trenza el cabello cuando llora. ¿Este pueblo, estos pueblos que juntos deben ir, se salvará, se salvarán? Será largo el camino, pero más largo es no saber andarlo y no llegar ni siquiera a los orígenes.

Y en el juicio final, no de los muertos en su ley sino de los vivos medrosos, los libadores de sangre, nos veremos con la muy tierna, amorosa amante, la coronela, Manuela Libertadora que está trémula en esta pieza de épico lirismo de Edmundo Aray.

Luis Suardíaz

La Habana, diciembre de 1999

Bahía de Paita. Tiene forma de luna menguante. Una sola calle. Al fondo, “altos farallones grises de agrietadas rocas”.

“Una casa humilde, de un solo piso (...), con techo de dos aguas y una galería al exterior provista de una sencilla baranda de madera sin talla alguna”. Una ventana. “Los muebles de la casa no desdican en pobreza. Un ancho sillón de cuero con rodaje y manizuela, y vecino a éste un escaño de roble con cojines forrados en lienzo; gran mesa cuadrada en el centro; una docena de silleas de estera, de las que algunas piden inmediato reemplazo; en un extremo, tosco armario con platos y útiles de comedor, y en el opuesto, una cómoda hamaca de Guayaquil”. Colocados cerca del sillón un brasero de hierro y un arcón de cuero. Seis o siete perros de cerámica - en todo caso inertes -, de uniforme y charreteras, distribuidos por debajo de la mesa y de la hamaca.

“En el sillón de ruedas y con la majestad de una reina”, Manuela, “abundante de carnes”; ojos enérgicos, que subyugan. Representa cincuenta años. Viste una bata de casa, tejida a mano. Calza alpargatas.

No fui yo más que el instrumento de la magnanimidad del general Bolívar. Antes y después de aquella media noche. El no hizo otra cosa que dar. Vivía en otro mundo. No hizo nada, nada, nada para él, porque la gloria que tanto amaba le pertenecía. Aún así, era un solitario, de lleno en el volcán de las grandes pasiones. Ardor puro, fuego, fuego inmaculado y, como tal, desvelado, definitivamente solitario.

Yo lo deseaba con su mismo ardor; a veces, y muchas, con una fiebre infernal.

Ambos conocíamos el enorme descaro del amor. Ambos la soledad sin límites. Siempre estuvimos más allá del horizonte. (La noche se apoderó del mar. Sólo escucho su rumor, su pertinaz oleaje. ¡Ay! de la apagada armonía del universo. El aire tiene olor de cangrejos).

No fui yo más que el instrumento de él, antes y después de aquella medianoche. Ahora es menguante. Entonces cielo color de cuervo, conticinio de luna llena, secreto asunto de la providencia.

A las seis de la tarde me mandó a llamar. Contesté que tenía dolor a la cara. Estaba furiosa con él, no entendía que sus amigos lo iban reduciendo poco a poco. Mentira su lisonja de que confiaba en mí ciegamente. Preferí permanecer en mi habitación, rumiar mi desencanto, acaso esperar por un nuevo mensaje, pues él me necesitaba.

- **Manuela, Manuela, soy siempre tu más fiel amante.** (*Voz de Bolívar, que es de Manuela*).

Mentira. Aunque...alguna vez no fue mentira. Siempre fue el mejor amante del universo. Ahora le escucho: "... yo imploro de su misericordia, que proviene de su alma pura, yo imploro que no me deje morir sin su presencia".

Sacudo de la memoria a las grandes señoronas que susurraron por doquier de sus exquisitas, desbordadas artes en la guerra del amor.

(Relinchos). Las injurié a todas, cuando me sentí derrotada en la batalla. Las llené de heces cuando las imaginé victoriosas, porque el general había dispuesto de su espada como un desesperado en **San Juan de los Morros** o una fiera implacable en el tremedal de **Pasto**.

Mentira, mentiras de la perdición, porque hasta la perdición amó a muchos hombres. Seductor porque así lo dispuso su natura, la guerra, la América nuestra, la necesidad de Patria, su devoción libertaria. *(Trinan pájaros. Palmas mecidas por un viento suave)*. (No me quejo, Simón, te acuso, te pregunto, aún más, te entiendo, como si ahora mismo estuviera echada en las arenas de **El Garzal**, entre tus brazos. Respondo yo, respondo yo por ti: sin ellos no hubiera sido posible cuanto fue posible, porque tú no te parecías a Dios, sino a la gloria. Aún más, tú hiciste la gloria).

Me mandó llamar, a su mujer de alma y cuerpo y corazón, hermoso cuerpo desnudo y perfumado con agua de verbena; tierra generosa, de raso y seda, y hamaca y alfombra y terciopelo y piedra blanda y volcán y lava y deliciosa miel ... la suya y la mía, y mucha, inolvidable pringamosa, y las 24 horas

de mi vulva que su alicaído humor retuvo para saciarse cualquier día de mayo... (*Murmurios, cadencia de besos, suspiros*). (Lo quiso de pie, aferrado a una ventana, como si despidiera sombras de la calle, como si despojara cuchillos de su cuerpo, como si espantara perros. Los perros, nuestros perros: heridos de muerte por defenderles de los cruzados de San Bartolomé, de pistolas y mucha mierda liberal).

- Venga, venga pronto que me muero sin usted. (*Voz de Bolívar, que es de Manuela*).

Me mandó a llamar aquella tarde. Contesté que estaba con dolor a la cara. (En Villa Magdalena ni respuesta te di ni el hálito mortal que pedías para la contemplación de la divinidad hecha mujer. Palabras del amor desesperado de un general). Repitió otro recado diciendo que mi enfermedad era menos grave que la suya y que fuese a verle. Refunfuñé una y otra vez, y José, una y otra vez repitió sus palabras: ¡ven, ven, ahora mismo, ven! Su tristeza sonó en mi oído. Es un ingrato, le dije a José. La necesita - me respondió. ¡Si no fuera por esos malditos conspiradores! - grité por el corredor. Soberbia como la María Antonia, su hermana - escuché a mis espaldas. No soy mantuana - dije. No lo soy. Batí la puerta.

Al rato alguien chapoteó en la calle: José. Le recibí en el vestíbulo con un traje de muselina blanca. El talle alto bajo los pechos. ¿Qué pasa ahora? - le pregunté. Insiste en que su enfermedad de usted es menos grave que la de él - respondió. Hay una enfermedad peor de la que él no quiere saber - dije. De esa le manda a decir - respondió. (José tenía lágrimas, José tenía arrugas por todas partes, José tenía el alma como una pasa. Sus manos le temblaban, su garganta. Entre mis piernas,

un terrible escozor. De José me gustaba su emoción imperturbable. Aquella noche era otro. No era el ángel de la guarda de Simón José Antonio de La Santísima Trinidad. No era. No era aquel hombre que había imaginado, aunque él no lo fuera, detrás de Simón en Casacoima con un cuchillo en la boca porque prefería verlo muerto que en manos de españoles. José era hombre de pocas palabras, como lo fue esa noche. Tenía piedras en la garganta).

Remecí el orgullo. Me puse en ascuas, me sacudí la amargura con el general. Le dije: Espera a que me ponga mis zapatos dobles, porque la calle está mojada. Por detrás de mí apareció Jonatás: aquí están, señora. ¿Y el chal? - le pregunté. Aquí, en la mecedora - respondió, mientras lo alzaba con la intención de ponerlo sobre mis hombros. Déjate de mimos - le dije -, hoy sí te viene bien tu calzón de soldado. Embocó mi cara: ¡cómo me gustaría tener un par de...! Me interrumpió Jonatás: ¿De qué, señora?. ¡De pistolas, Jonatás, de pistolas!

Por pura inspiración o por la lluvia me calcé los zapatos dobles.

Igual me hubiera aparecido en el **San Carlos** con los pies desnudos, como a él le hubiera gustado en alguna otra ocasión, dígame de intimidad. Me quedaba bien el chal sobre el cuerpo, que de paso me lo dijo el espejo. (*Claror de la noche*). Me vi en la calle saltando sobre los charcos. Mujer de Cuenca, de Ríobamba, de Quito, de Pichincha. Encendida en Junín, combatiente en Ayacucho. Coronela.

(Lejano sonido de corneta).

“Que señor mío este Simón, para robar todos mis pensamientos, mis deseos, mis pasiones... Lo amé en vida con locura: ahora que está muerto lo venero”.

(Rumor de olas. Aleteo de una gaviota que alza vuelo y se aleja).

Fuentes:

Manuela Sáenz: Paita, a 10 de agosto de 1850.

Carta al general Daniel Florencio O’Leary

Ricardo Palma: Doña Manuela Sáenz (La Libertadora). Tradiciones Peruanas.



- Crónica de nuestro amor
(poesía, 1973)
- Los cuentos de Alfredo Alvarado,
El Rey del Joropo (cuentos, 1975)
- Poesía de Cuba, Antología viva
(ensayo-antología, 1976)
- Santiago Álvarez, Cronista
del Tercer Mundo (antología, 1983)
- Cantata del Monte Sagrado
(poesía, 1983)
- Efraín no te duermas
(poesía, 1986)
- Versos Toscanos (poesía, 1987)
- Lili, siempre Lili (poesía, 1988)
- Simón Bolívar, ése soy yo
(poesía, 1992)
- Antología Poética de César Dávila
Andrade (1993)
- Simón Bolívar, ése soy yo
(guión literario, 1993)
- De la Identidad. De la integración.
Del espacio audiovisual
(poesía-prosa, 1993)
- Simón Bolívar, ése soy yo
(largometraje de animación,
con Raiza Andrade, 1994)
- José Martí, ése soy yo
(guión literario, 1997)
- Alias el Rey
(antología narrativa, 1997)
- Una y otra edad
(antología poética, 1997)
- Cuando quisimos ser adultos
(Cine. Capítulo Venezuela del filme
Enredando Sombras, 1998)
- Manuela, Libertadora
(monólogo, 2000)